

Presentación

«Papá, explícame para qué sirve la historia». Con esta aparentemente ingenua pregunta de un joven hijo a su padre –profesor de historia– Marc Bloch decidió plantear en su póstuma e inconclusa *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949) el problema de la utilidad de esta disciplina al poco de iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Antes que deseo de conocimiento, para el cofundador de la Escuela de los *Annales* la historia producía una gran satisfacción y placer. Sin embargo, estos atractivos no eran suficientes para justificar el esfuerzo intelectual que requería el dominio de dicha materia. Para Bloch, y en contraposición a lo que pensaban no pocos de sus colegas de oficio y generación, la historia se caracterizaba por su capacidad de establecer relaciones explicativas entre fenómenos diversos solo comprensibles mediante una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva. El «buen» historiador no era un anti-

cuario, sino un científico social comprometido con su especie de pertenencia, parecido al ogro de los cuentos infantiles: «Donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa». Estudiar el presente resultaba fundamental para comprender el pasado. Para decirlo con sus propias palabras: «La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente»¹.

Entre la segunda mitad del siglo XX y esta primera década del XXI, además de guerras y violencias, se han producido importantes cambios en el planeta que habitamos: mundialización americana, revolución digital, resurgir de China, despertar del Islam, deterioro medioambiental, etc. Como otras ciencias, con su conocimiento del pasado la historia ha intentado ofrecer algunas respuestas al surgimiento de estos fenómenos estudiándolos y analizándolos desde diferentes ángulos y perspectivas. Así, pese a ser formulada en un contexto histórico e historiográfico diferente, la pregunta que abre estas líneas y que hiciera célebre Marc Bloch al inicio de su ya aludida *Apologie* sigue siendo igual de oportuna y relevante hoy, casi setenta años después, atrayendo a historiadores nacidos dentro y fuera de Europa. ¿Para qué sirve la historia actualmente? Es más, ¿qué historia debemos enseñar a las nuevas generaciones nacidas entre finales del siglo XX y principios del XXI? O mejor aún: «¿Qué pasado exponer ante unos alumnos que son en parte herederos de

1. Marc Bloch: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, Librairie Armand Colin, París, 1952, 2.^a edición, *passim*.

los vencedores españoles de la Reconquista (contra el islam), mientras que otros lo son de la Conquista (de América)?».

La respuesta a estos interrogantes tiene en parte que ver con aquello a lo que aplicamos la etiqueta «historia», señala Serge Gruzinski en este sólido trabajo que, en esta versión española, comparte el elocuente y atractivo título –procedente de su original francesa– de *L'histoire, pour quoi faire?* No se trata tanto de subrayar que nuestra manera de considerar el mundo actual parece con frecuencia propia de otra época como de indicar que en los últimos cuarenta años se han producido notables cambios y perturbaciones que socavan el eurocentrismo en el que cómodamente estábamos instalados desde que a principios del siglo XIX surgieran los Estados-nación. La historia no puede reducirse a un relato único, a una especie de «marcha forzada hacia la nación». Tampoco se trata de trocar el viejo y autocomplaciente eurocentrismo de las historias nacionales europeas por un sinocentrismo no mucho más atractivo pero sí en auge gracias al *bestseller* de Gavin Menzies *1421: El año en que China descubrió el mundo* (2002). Hoy es imposible interpretar todo desde un rincón del mundo, subraya Gruzinski siguiendo la estela de los *postcolonial studies*. Comprender de qué está hecho el presente es tan complicado como reconstruir un pasado solo con los fragmentos que se han conservado de él. Por eso hay que comenzar con un trabajo de localización y de rigurosa contextualización en el que la imagen, con su particular léxico y sintaxis, nos proporciona imprescindibles pistas para perseverar.

Serge Gruzinski, que no hace mucho tiempo fue galardonado con el Gran Premio del Comité Internacional de Ciencias Históricas (2015) por sus originales aportaciones al desarrollo de los estudios de historia global, no resulta desconocido para la historiografía española. Sin embargo, quizás no se han resaltado suficientemente algunas de sus importantes contribuciones a la historia colonial de España de los siglos XVI, XVII y XVIII. Historiador perteneciente a la cuarta generación de *Annales*, la del llamado «giro crítico» reivindicado por el fallecido Bernard Lepetit, durante las aproximadamente cuatro décadas que viene trabajando en la historia de la América española y portuguesa nos ha enseñado que las mezclas de poblaciones no son en modo alguno un fenómeno espontáneo. Todas ellas están relacionadas con las múltiples mutaciones que han trastocado las relaciones entre la Vieja Europa y los llamados «Nuevos Mundos». A desentrañar todo ello, desde una inestimable perspectiva antropológica y cultural, ha dedicado casi veinte libros, traducidos a múltiples idiomas, entre ellos el chino, y entre los que sobresalen *Les Hommes-dieux du Mexique. Pouvoir indigène et société coloniale, XVI^e-XVIII^e siècle* (1985), *La Colonisation de l'imaginaire. Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVI^e-XVIII^e siècle* (1988), *La Guerre des images. De Christophe Colomb à Blade Runner, 1492-2019* (1990), *La Pensée métisse* (1999), *Les Quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation* (2004), *Quelle heure est-il là bas? Amérique et islam à l'orée des Temps modernes* (2008), *L'Aigle et le Dragon, Démesure européenne et mondialisation au XVI^e siècle* (2012), y *La machine à remonter le*

temps. Quand l'Europe s'est mise à écrire l'histoire du monde (2017).

¿*Para qué sirve la historia?* no es un ensayo de historiografía al uso, uno de tantos textos escritos con más o menos fortuna por los profesores de historia llegado el final de su vida académica, como fruto de reflexionar largas y solitarias horas sobre la práctica de su profesión. Esa no es la ambición que persigue su autor. Para que este libro se convirtiera en lo que no es sería «necesario volver a los orígenes del historicismo europeo a fin de entender mejor su potencial invasivo, las conquistas sucesivas, las ataduras y los filtros que impone», insiste su autor. Al igual que algunos de los textos indicados, este nuevo trabajo de Serge Gruzinski es la resultante de discutir sobre un problema vigente (qué historia debemos enseñar en el actual contexto de creciente globalización) con colegas y alumnos matriculados en los cursos que imparte en Europa (EHESS de París), Estados Unidos (Princeton University) y América del Sur (Universidad de Belém do Pará, Brasil). Estamos por tanto ante una materia extraordinariamente viva, gestada en la interacción entre teoría y práctica, actual, que nos introduce de pleno en la ya aludida cuestión de la enseñanza de la historia en un tiempo global gracias a un fluido y bien construido discurso que une con rigor pasado, presente y futuro.

Sobre esta y otras importantes cuestiones de naturaleza similar ya venía reflexionando Gruzinski desde hace algún tiempo. Ello se demuestra a poco que leamos los títulos que han ido saliendo a la luz a partir del 2000, uno cada tres o cuatro años, escritos al cobijo de sus in-

tereses en los seminarios anuales impartidos fundamentalmente en París. La mencionada perspectiva antropológico-cultural, desgraciadamente no muy atendida en España si la comparamos con la económica y la política, viene a demostrar que los mestizajes y la circulación cultural, a una escala global, además de estar presentes hoy también lo estuvieron en el pasado. Por limitarnos solo a América Latina, laboratorio privilegiado de experimentación histórica de Gruzinski, el autor no deja de «asombrarse» cuando señala que en 2008, en una población de la Amazonia remota, un joven *caboclo* le ofreciese a precios ínfimos un selecto surtido de DVD piratas de películas asiáticas «todavía desconocidos en las [mejores] salas parisinas». Semejanzas históricas existen, como la que proporciona un sacristán indio de nombre Antón, que fue detenido en Zacatecas (México) en 1561 por hurtar un libro prohibido. Fascinado por las imágenes que ilustraban los textos españoles, los indios como Antón no pirateaban los libros pero ya sabían cómo comerciar con ellos: vendían las obras a amigos tan intrigados como él por su contenido. Separados por algo más de cuatro siglos y por miles de kilómetros, ambos ejemplos demuestran que lo «local» y lo «global» están ligados. El presente no es un reflejo del pasado y del futuro, como proclamaba en sus apocalípticos sermones el jesuita portugués António Vieira, que vivió entre Europa y el Brasil colonial en el último tercio del siglo XVII, sino un ente dotado de múltiples rostros y profundidades que varían según el lugar. Cabe preferir, señala Gruzinski, que se ignoren estas huellas y vestigios, e incluso aparentar que nunca existieron. No obstante, a poco que las tomemos

en serio nos daremos cuenta de que sientan «las bases de una historia global que se inició en el siglo XVI entre México y las prensas del Renacimiento europeo, antes de que Brasil se enfrentase, cinco siglos más tarde, a los grandes estudios asiáticos».

Un gran impulso para el desarrollo de este tipo de estudios y análisis globales resultó ser la celebración del XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Oslo en 2000, así como la conmemoración en París, en 2004, del primer centenario de nacimiento de Fernand Braudel (1904-1985), uno de los historiadores más notables de la segunda mitad del siglo XX, y heredero del legado de *Annales* tras la muerte del citado Marc Bloch y Lucien Febvre, cofundador de esta corriente de pensamiento histórico. En ambos foros de debate se puso de manifiesto la importancia de cuestionar ciertos axiomas eurocentristas sobre la modernidad de Europa defendidos en algunos trabajos sobre la expansión europea elaborados a mediados de la pasada centuria por historiadores franceses, belgas, alemanes y anglo-norteamericanos¹. Las monarquías ibéricas, unidas por una carambola del destino entre 1581 y 1640, se presentaron como un banco de pruebas ideal para pergeñar investigaciones a medio y largo plazo con el firme propósito de sopesar el alcance de la circulación (de saberes, creencias y mercancías), los mestizajes y las conexiones político-culturales y económicas que protagonizaron las llamadas «gentes sin historia» en todas esas «maravillosas

1. Véanse las diferentes tesis que, sobre este aspecto particular, defendieron ya hace algún tiempo Arnold Toynbee y Oswald Spengler.

posesiones» «descubiertas» por Vasco de Gama, Cristóbal Colón y Fernando de Magallanes¹.

Desde luego adentrarse en toda esta maraña de enredados problemas históricos no es una tarea sencilla, pues supone un conocimiento de varias lenguas y de los distintos depósitos de archivos y bibliotecas, europeos o no, que sin duda está al alcance de muy pocos investigadores. Leer e interpretar las ricas y diferentes fuentes que emanan de los contextos análogos, para reproducir desde su propia matriz el discurso original, libre de nuestras anteojeras presentistas, calzándonos, como se suele decir, los propios zapatos de los protagonistas –con barro incluido–, en constante y constructivo diálogo entre el hoy y el ayer y viceversa, narrando los caminos que finalmente se eligieron y aquellos que no se contemplaron, da lugar a una nueva escritura de la historia, mucho más polifónica que la que todavía se lee en algunas caducas historias nacionales, y en la que el telescopio y el microscopio se engarzan como resulta corriente encontrar ya en los trabajos del mencionado Serge Gruzinski, así como en los de Sanjay Subrahmanyam y Giuseppe Marcocci. Todos ellos, ya se ocupen del mestizaje en México y

1. Serge Gruzinski, «Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres “connected histories”», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56-1 (2001), pp. 85-117; Sanjay Subrahmanyam, «Holding the World in Balance: The Connected Histories of the Iberian Overseas Empires, 1500-1640», *The American Historical Review*, 112-5 (2007), pp. 1359-1385; Carlos Martínez Shaw y José Antonio Martínez Torres (dirs.), *España y Portugal en el mundo, 1581-1668*, Ediciones Polifemo, Madrid, 2014; José Antonio Martínez Torres *et al.*, «Concurrencias imperiales. España y Portugal en África, América y Asia», *Melanques de la Casa de Velázquez*, 48-2 (2018), en prensa.

Perú, del comercio en la India portuguesa o de las misiones jesuitas en Ultramar, reivindican en sus investigaciones volver al largo plazo (la famosa *longue durée* braudeliana), pues, como nos indican Jo Guldi y David Armitage, «hay un mundo por ganar, antes de que sea demasiado tarde». Es más, John H. Elliott, nada sospechoso de subirse al carro de las modas historiográficas, ya se había anticipado hace algunos años acerca de estos asertos cuando, en el prefacio de su *España, Europa y el mundo de ultramar: 1500-1800* (2010), afirmó que «la búsqueda de conexiones es parte esencial de la empresa historiográfica y también un modo de contrarrestar el excepcionalismo que emponzoña la escritura sobre historia nacional». Para el veterano maestro de historiadores afincado en Oxford, un mundo en proceso de globalización necesita de una historia auténticamente global, y esto requiere liberarse de prejuicios e ideas preconcebidas, generalmente occidentales, pues la modernidad, que no se debe identificar mecánicamente con la occidentalización, no es singular sino plural¹.

Como ya se ha dicho, una relevante perspectiva de análisis histórico es la que proporciona la historia global, una historia que amplía la escala de estudio pero que a su vez conecta compartimentos anteriormente ais-

1. Jo Guldi y David Armitage, *Manifiesto por la historia*, Alianza Editorial, Madrid, 2016, p. 227; John H. Elliott, *Haciendo historia*, Taurus, Madrid, 2012, p. 237, y la bibliografía que allí se cita. Un convincente trabajo, que aborda con solvencia estas cuestiones, es el de Josep Fontana: *Europa ante el espejo*, Crítica, Barcelona, 1994. Asimismo, Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001.

lados y no considerados por otros científicos sociales, pese a que ya existieron llamamientos en esta línea como los proporcionados por Marc Bloch, Fernand Braudel, Pierre Chaunu y Frédéric Mauro. Para Gruzinski el historiador es un creador, y la materia con la que trabaja no tiene por qué ser ajena a las circunstancias que nos rodean. El historiador tiene que estar siempre en estado de alerta, atento en definitiva al mundo en el que vive, pues en él a veces se encuentra la llave maestra que nos abre las puertas del pasado. Sin embargo, el culto de lo escrito, indica Gruzinski, «ha amordazado durante mucho tiempo a la imagen para convertirla en auxiliar de los textos». Ahora bien, cuando nos ponemos delante de un documental o una película realizada por un autor como Aleksander Sokurov, somos conscientes de que tales creadores, a semejanza de los historiadores, también pueden producir pasados. Sus obras son algo más que una sucesión de bellas imágenes inconexas. Al igual que algunos de los mejores libros de historia que se han escrito, películas como *El arca rusa* de 2001 (inmersión en el mundo zarista de Pedro I «el Grande» hasta Nicolás II) demuestran que no debemos confundir los documentos con los acontecimientos de los que son emanación o reflejo¹.

A semejanza de otros libros publicados anteriormente, *¿Para qué sirve la historia?* decide volver a fijarse en la expansión portuguesa y española de los siglos XV y XVI para comprender y entender los efectos que se derivan

1. Interesa también consultar el libro de Peter Burke *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Crítica, Barcelona, 2001.

de la mundialización actual. Su mirada se detiene en la conquista de los océanos y territorios, en la circulación económica y cultural, así como en los ya aludidos mestizajes. Este «giro» de la Europa del sur hacia el Oeste que se produce en el Renacimiento no es solo una cuestión de carabelas y «descubrimientos», escribe Gruzinski. Es la fuente de lo que conformará las dimensiones humanas, materiales e imaginarias de Occidente. Explica el recurso masivo a la esclavitud de los negros y de los indios, la construcción de las primeras sociedades coloniales con sus conocidas consecuencias fatales, la explotación de los recursos naturales y mineros, pero también la gestación de una humanidad mezclada sin equivalente y sin precedente en el resto del mundo. En este punto es de recibo resaltar la importancia que, en la consecución de algunas de estas conclusiones, han tenido la lectura crítica de estimulantes obras como la del polémico jurista alemán Carl Schmitt (*El nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Ius Publicum Europaeum*, 1950) o la de su compatriota el filósofo Peter Sloterdijk (*Esferas*, 1998, 3 vols.). Para el primero, la expansión ibérica en el mundo transformó la imagen que se tenía del globo y esbozó los fundamentos del primer derecho internacional, reconsiderando las relaciones entre espacio y política. El fundamental incentivo que proporcionó a los iusnaturalistas europeos Hugo Grocio no surgió de la nada, pues tuvo sus precedentes directos en autores tan competentes como Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y Fernando Vázquez de Menchaca, punta de lanza de la segunda escolástica española. De resultas de ello, durante los siglos XVI y XVII se impuso reflexionar sobre el poder

en términos planetarios o globales¹. Del mismo modo, y ahondando en las consecuencias que se derivan de este hecho trascendental en el que se vieron involucrados los portugueses y los españoles, Gruzinski extrae una importante cita de Sloterdijk en la que se afirma que «el acontecimiento principal de los tiempos modernos no es que la tierra gire en torno al Sol, sino que el dinero gire en torno a la Tierra». El «descubrimiento» de América y, por ende, el de otros espacios inexplorados por los europeos, rápidamente fue sinónimo de riqueza y estímulo para las distintas ramas del saber².

¿Para qué sirve la historia? no solo es útil por lo que nos enseña de historia, que es mucho, sino porque, como ya hemos dicho, relanza al público el necesario debate sobre el uso que deberíamos darle los historiadores a aquello que hacemos a diario. El historiador no puede vivir encerrado en una torre de marfil leyendo y escribiendo para sí, de espaldas a los problemas que afectan a la gente de su tiempo, pues el conjunto de la sociedad ha hecho mucho por estar donde él está. *Do ut des*. Pero

1. Anthony Pagden, *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Península, Barcelona, 1997; Giuseppe Marcocci, *L'invenzione di un impero. Politica e cultura nel mondo portoghese (1450-1600)*, Carocci, Roma, 2011; José Antonio Martínez Torres, «“Gobernar el mundo.” La polémica *Mare Liberum versus Mare Clausum* en las Indias Orientales (1603-1625)», *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 74-1 (2017), pp. 71-96.

2. Recordemos que, según Adam Smith (*An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 1776): «El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el cabo de Buena Esperanza son los dos acontecimientos más importantes que registra la historia de la humanidad» (Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 620).

no solo por mencionar esto ya es suficiente su lectura, sino también por recordarnos los desfasados métodos de enseñanza y estudio que todavía se siguen practicando en algunas de nuestras universidades europeas. Uno de tantos es el de explicar separadamente la Historia de España y Portugal y la de América, Brasil y las colonias de África y Asia. Basta con un vistazo rápido a algunos de nuestros más difundidos manuales de Historia Moderna de España, Portugal y Europa para darnos cuenta de que hasta que no incorporemos el mundo colonial ibérico (no impostado en uno o varios epígrafes o apartados, sino dentro del discurso interno de la obra) seguiremos dando una imagen incompleta y deficiente del mundo de la época. ¿Acaso se puede entender la Revolución Científica del siglo XVII sin tener en cuenta los hallazgos en materia náutica y matemática que realizaron los exploradores españoles y portugueses en las centurias precedentes? Tan insuficiente es la realidad del mundo de Ultramar que se refleja en algunos manuales de Historia de la España Moderna que ya ciertos protagonistas de la época parecían apercebirse del lugar que les tocaría ocupar en la historia cuando, en las cartas y discursos que le enviaban al rey, subrayaban «que lo de aquí –España– era pintado en relación con lo de allí –el mundo colonial–, variado, lleno de vida y difícil de aprehender»¹.

1. Biblioteca Nacional de España, R/14.034, «Memoriales y discursos de Pedro de Baeza» (1607-1609). También ha abundado en este punto John H. Elliott: «Mundos parecidos, mundos distintos», en Gregorio Salinero (ed.), *Mezclado y sospechoso. Movilidad e identidades, España y América (siglos XVI-XVIII)*, Casa de Velázquez, Madrid, 2005.

De lo mucho que se aprende cuando tratamos con rigurosidad historias paralelas da buena cuenta la representación teatral del 28 de mayo de 2013 puesta en escena por los alumnos del Liceo Jean Rostand de Roubaix con la que se abre y cierra este trabajo. En esta pieza, resultado de adaptar un libro de Gruzinski (*L'Aigle et le Dragon, Démesure européenne et mondialisation au XVI^e siècle*, 2012), se recrean y se conectan –como también se hace en el texto que la dio origen– dos historias simultáneas que se desarrollan a comienzos del siglo XVI: la incursión de los portugueses en la China de los Ming y la conquista de México por los españoles liderados por Hernán Cortés. La primera resulta fallida y cae en el olvido, mientras que la segunda es el germen de una América latina y mestiza. Pero las conexiones no deberían ser solo históricas, sino también, y como se insinúa en *¿Para qué sirve la historia?*, entre profesionales que revelan la misma especialidad de estudio aunque en distintos niveles de la docencia. La implicación del profesor de historia con su profesión y sus alumnos, independientemente de los cursos a los que se dedique, sigue siendo la pieza básica y fundamental para que sus estudiantes estén al día, comprometidos con su tiempo y con un zócalo sólido sobre el pasado más remoto, en continuo diálogo con él. Esta enseñanza recibida les acompañará siempre. Este gran libro, obra de un *passieur persévérant*, como se nos ha recordado en un merecido homenaje a este maestro de historiadores que es Serge Gruzinski¹, sin duda

1. Carmen Bernard, Eduardo França Paiva y Carmen Salazar-Soler (coordinadores), *Serge Gruzinski, le passeur persévérant*, CNRS, Paris, 2017.

hará lo mismo por todo potencial lector, proponiéndole además infinidad de retos desde la historia, la literatura, la música y el cine.

José Antonio Martínez Torres
Departamento de Historia Moderna
Universidad Nacional de Educación
a Distancia, Madrid.